

Educación, progreso y raza en Colombia entre 1920 y 1940: el caso de Medellín

Jair Hernando Álvarez Torres



Alexander Calder, *La ola roja*, tapiz de Aubusson, 1970.

Resumen

Educación, progreso y raza en Colombia entre 1920 y 1940: el caso de Medellín

La intención de este artículo es generar una aproximación descriptiva de algunos debates que se plantearon durante la primera mitad del siglo XX en Colombia, en el período comprendido entre 1920 y 1940, en especial en la ciudad de Medellín, en torno a temas como el progreso humano y social, la degeneración de la raza, la higienización, entre otros, y el papel fundamental que cumple en estos planteamientos la educación.

Résumé

Éducation, progrès et race en Colombie , 1920 - 1940: le cas de Medellín

Cet article a pour but de mettre en place une approche descriptive sur quelques débats qui ont été posés pendant la première moitié du XXème siècle en Colombie, dans la période comprise entre 1920 et 1940, spécialement dans la ville de Medellín, autour de sujets tels que le progrès humain et social, la dégénération de la race, l'hygiène, entre autres, et le rôle fondamental joué par l'éducation dans ces domaines.

Abstract

Education, progress and race in Colombia between 1920 and 1940: Medellin case

The intention of this article is to generate a descriptive approximation of some debates that were brought about during the first half of the twentieth century in Colombia, in the period between 1920 and 1940, specially in the city of Medellín, regarding topics such as human and social progress, race degeneration, sanitation, amongst others, and the fundamental role that fulfills these questionings of education.

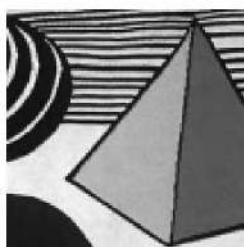
Palabras clave

Historia de la pedagogía, progreso, raza, higienización, Luis López de Mesa.

History of pedagogy, progress, race, sanitation, Luis López de Mesa.

Educación, progreso y raza en Colombia entre 1920 y 1940: el caso de Medellín*

Jair Hernando Álvarez Torres**



A Federico, mi príncipe guerrero

Introducción

Los saberes, las instituciones y las prácticas cumplen una función básica para aproximarnos al reconocimiento epistemológico y antropológico de lo que ha sido la historia de la pedagogía en Colombia. Ellos han aportado aspectos epistemológicos que permiten develar los elementos que dinamizan el saber pedagógico mismo a través de los acontecimientos que transformaron el ámbito pedagógico y educativo colombiano. De igual manera, desde el punto de vista antropológico se puede indagar por la pregunta clásica "¿qué es el hombre?", la cual, desde una perspectiva cultural, nos lleva a rastrear el tipo de hombre que hay y que debería haber, ya no de manera universal sino contex-

tualizada. Es decir, la mirada cohesionada entre pedagogía y antropología permite hacer una pregunta clave para la antropología pedagógica cuando se indaga por los ideales de formación o el tipo ideal de hombre que existe y debería construirse a través de procesos educativos determinados por condiciones de época.

Estas son las dos intenciones propuestas en el siguiente escrito, donde se pretende hacer una lectura que se mueve desde lo general hacia lo particular en cuanto a la indagación de un momento histórico delimitado entre 1920 y 1940. Es importante aclarar que la mayoría de problemáticas planteadas aquí no aparecen ni

* El presente escrito hace parte del proyecto de investigación "El concepto de cuerpo en las escuelas normales de Antioquia entre 1920 y 1940: moral católica y moral biológica", que se lleva a cabo en la Universidad de Antioquia, financiado por el Comité para el Desarrollo de la Investigación (Codi) de dicha Universidad y ejecutado por el Grupo de Investigación Formación y Antropología Pedagógica e Histórica –Formaph– de la Facultad de Educación.

** Licenciado en Filosofía (Universidad de Antioquia) y estudiante de Doctorado en Historia (Universidad Nacional de Colombia, seccional Medellín). Docente e investigador de la Universidad de Antioquia y de la Universidad de San Buenaventura. Miembro de los grupos de investigación Formación y Antropología Pedagógica e Histórica (Formaph) y Grupo Interdisciplinario de Estudios Pedagógicos (Gidep).
E-mail: jairarturo@epm.net.co.

se agotan en este período, pero de manera estratégica se vuelven más visibles debido a sus posteriores repercusiones en el contexto social y cultural colombiano, y específicamente, en la ciudad de Medellín.

Antecedentes del concepto *progreso* en la cultura occidental

Durante la historia de la humanidad se ha planteado una idea que es recurrente y, al mismo tiempo, se percibe en ella la transformación de algunos de sus matices internos. Esta transformación ha permitido seguir considerándola como ayuda para comprender ciertas actitudes, prácticas y teorizaciones, y al imaginario de la época y a sus prácticas en sí. Estamos hablando de *la idea de progreso*.

A través de la historia han existido dos tendencias fuertes ante la idea de progreso, que se contraponen. Por un lado, está la creencia dominante, en diferentes culturas y en la sustentación filosófica de algunos autores, de que la naturaleza y el hombre tienen fases de desarrollo a través de su historia, a saber, pasado, presente y futuro, donde las últimas fases son superiores a las primeras (Protágoras, Platón, Aristóteles, Lucrecio, Séneca, San Agustín, Jean Bodin, Isaac Newton, Robert Boyle, Joseph Priestley, Comte, Hegel, Darwin, Marx, Herbert Spencer, entre otros). Por otro, y en contraposición con la anterior, se ha considerado que, desde el presente de una época, no hay nada que sea digno de nombrarse con el adjetivo de "progreso" (Tocqueville, Burckhardt, Schopenhauer, Nietzsche, Weber, Sorel, W R. Inge, Spengler y Lombroso); más bien se debe hablar de *decadencia*, de *degeneración*.

La creencia dominante

La primera posición, en la cual se considera que la naturaleza y el hombre tienen fases de desarrollo gradual a través de su historia, se ramifica, a su vez, en dos tendencias. Una considera al progreso como una ley de la natu-

raleza que busca el perfeccionamiento gradual; la otra, que es una ley divina que proviene del plan mismo de las cosas en el universo y en la sociedad, y permite la perfección en cada una de las etapas vividas, tanto del hombre como de la naturaleza misma. Así, algunos autores de finales del siglo XIX y principios del XX (Gobineau, Houston Stewart Chamberlain y Madison Grant), consideraban que el progreso era posible, pero sus bases estaban cimentadas en determinada raza. Estas dos posiciones tienen como cimiento, para sustentar su teoría, una firme fe en el progreso, generando lo que Robert Nisbet denomina el *dogma del progreso* (Nisbet, 1998: 24).

Si se trata de definir este concepto desde la ciencia y la tecnología, nos encontramos con una fe en el progreso mucho más enconada, ya que se concentra en la creencia firme de que el saber como tal, los conocimientos técnicos y las herramientas con las que el hombre enfrenta los problemas que plantea la naturaleza o el interés por convivir en sociedad, tienen la característica de transcurrir, a través de su historia, de manera lenta y gradual, en su idea de perfeccionarse, avanzar o mejorar, que en este caso sería prácticamente lo mismo.

A la vez, si esta mirada del concepto *progreso* se centra en el terreno de lo moral o espiritual, nos encontramos con el intento de hallar el perfeccionamiento de la naturaleza humana, ya que se trata de que el hombre "progrese" desde sí en la búsqueda de la felicidad, su capacidad para liberarse de los tormentos que le infligen la naturaleza y la sociedad.

Por otro lado, entre 1750 y 1900 la idea de progreso es separada de la divinidad para dar paso a una concepción que podría denominarse *liberal*, donde se sostiene que a través de un proceso histórico, movido y mantenido por causas puramente naturales, el hombre obtiene como resultado la posibilidad de pensar las ideas de libertad, igualdad, soberanía popular y poder a favor del hombre, basadas en la fe en el progreso desde el hombre mismo.

Según Nisbet (1998), se debe tener en cuenta que todas las ciencias sociales en este período estaban fundadas en la fe en el progreso. De esta manera, la biología y la economía estarán cimentadas en las mismas bases teóricas.

Desde la biología, entonces, es necesario citar a Darwin, quien en sus textos utilizaba la palabra "progreso" para enunciar procesos que hoy bien se podrían nombrar como *evolución* o *desarrollo*. Igualmente, se podría considerar que en Spencer también hay esa mirada sociológica con respecto a una evolución social. Así, el siglo XIX tiene un fuerte vínculo con la idea de progreso a través de lo que se denominó *evolución social* y *evolución biológica*, o como lo planteó Comte, *ley del progreso* (Nisbet, 1998: 248).

La degeneración

Por otro lado, y para nuestros intereses con respecto al cuerpo y el progreso, un médico italiano de la segunda mitad del siglo XIX, nos permitirá vislumbrar la otra cara de la moneda —la degeneración—, ya que, en el fondo, está sustentada la misma idea de progreso como tal. Se trata de Cesare Lombroso.

En su trabajo como médico, a Lombroso le correspondió hacer una autopsia que le permitiría aportar a la solución de un problema vigente entre los estudiosos de la medicina de la época: el temor a la degeneración, la posibilidad de que la población europea no pudiera físicamente con las demandas de la vida civilizada (para ampliar este tema, véase Herman, 1998: 115 y ss.). La autopsia era la de un famoso malhechor de apellido Villela, quien había sido capturado y ejecutado, y que se caracterizó por ser el dolor de cabeza tanto de la población en general, como de las autoridades en particular. La descripción que hace Lombroso de dicho cuerpo deja entrever la concepción moral y física de esa época para la clasificación de las personas:

[...] el cuerpo del homicida revelaba las características propias de los "criminales, los salvajes y los simios", tales como enormes mandíbulas, pómulos altos, insensibilidad al dolor, vista muy aguda, tatuajes, "pereza excesiva", amor por las orgías y la irresponsable búsqueda del mal por sí mismo (citado en Herman, 1998: 115).

En adelante, los prisioneros, tanto hombres como mujeres, fueron objeto de estudio y experimentación de este médico italiano, quien usó todas las técnicas e instrumentos que para ese entonces permitían hacer un trabajo antropológico y anatómico, para construir una teoría racial y de exclusión social de los individuos: craneómetro y calibradores para medir la anchura del cráneo; estetómetro y algómetro para medir la sensibilidad táctil, entre otros.

Tanto los antropólogos raciales como el mismo Lombroso (Herman, 1998) partían de la misma premisa: las características físicas —como la longitud, la forma del cráneo y los rasgos faciales— indicaban diferencias culturales o psicológicas. Como era apenas normal dentro del imaginario colectivo de la época, los blancos eran superiores, por herencia, a los no blancos. Cabe aclarar aquí que Lombroso reconocía que las raíces de la especie humana son los africanos, pero basándose en la teoría evolucionista darwiniana, la especie siguió un inevitable desarrollo ascendente y progresivo, de negro y pardo a amarillo y blanco.

Pero esos "avances" en la especie sufrían ataques, como una cierta reversión biológica, según Lombroso. En ocasiones aparecían dentro de la población en general individuos atávicos (entiéndase por *atávicos* la reaparición de determinados caracteres procedentes de un antepasado y que no se habían manifestado en las generaciones intermedias). La conducta salvaje e irracional que los apartaba de la norma evolutiva, convertía a estos individuos en delincuentes o criminales en la sociedad moderna, mientras que en la sociedad salvaje

o primitiva no habrían llamado la atención; es decir, la criminalidad era una especie de anacronismo en la que, de manera evolucionista y desde una antropología biológica, se podrían ubicar los comportamientos delictivos en el paleocórtex de todos los individuos.

Además, es importante tener en cuenta las cinco premisas o, a mi modo de ver, hipótesis principales de trabajo que plantea Nisbet para hablar de progreso en la historia de la cultura occidental:

[...] la fe en el valor del pasado; la convicción de que la civilización occidental es noble y superior a las otras; la aceptación del valor del crecimiento económico y los adelantos tecnológicos; la fe en la razón y en el conocimiento científico y erudito que nace de ésta; y, por fin, la fe en la importancia intrínseca, en el valor inefable de la vida en el universo (Nisbet, 1998: 438).

En síntesis, se puede hablar de progreso o degeneración cuando hay una intención de cambio de las condiciones existentes en una determinada época, atravesadas por la mediación del hombre como individuo o como sujeto miembro de una sociedad.

El progreso en Colombia entre 1920 y 1940

A partir de esta teoría lombrosiana (de la degeneración) y del progreso en general, surgen algunos puntos importantes para comprender la época de 1920 a 1940 en Colombia en aspectos concernientes a lo social, lo físico y lo moral en el hombre: el atavismo en la especie humana; la criminalidad asociada directamente con la forma del cráneo y la cara; la modernidad y la modernización, que traen consigo consecuencias económicas poco favorables para la mayoría, ayuda al incremento de la pobreza y a fomentar el delito; el alcoholismo como catalizador del atavismo y la criminalidad (para

ampliar este punto véase Silva, 2002: 141-169) y, por último, comportamientos inadecuados que desorientan la conducta moral de los individuos.

Desde la perspectiva de trabajo aquí planteada, el *progreso* será asumido como concepto biológico-económico, pues el individuo evoluciona desde su condición natural, o mejor, desde sus capacidades (aptitudes), y las sociedades se desarrollan esencialmente desde su condición económica. A mi modo de ver, estas dos concepciones son hipótesis de trabajo para pensar el imaginario social que circulaba en Colombia durante las primeras décadas del siglo XX.

El desarrollismo de López de Mesa

Gonzalo Cataño (2002), quien reseña el texto *La civilización contemporánea*, de Luis López de Mesa, plantea que, para este autor, el progreso estaba fuertemente ligado a la modernidad:

El interés real de López de Mesa [mediante este libro] no era solucionar las dificultades de Francia, Inglaterra o los Estados Unidos durante los años que siguieron a la primera guerra mundial. La mirada de nuestro autor estaba puesta en las naciones cultas, pero su afán manifiesto o latente se dirigía a otro lugar. Los propósitos que guiaban la obra eran los extravíos de la modernidad en América Latina y particularmente en Colombia (Cataño, 2002).

Según López de Mesa, el lento ingreso de la modernidad a nuestro país se basaba esencialmente en algunas instituciones — como la Iglesia — que impiden este proceso y, por tanto, el progreso de la patria. Si bien él consideraba que los cambios no debían ser instantáneos, si deberían ser planteados de manera tal que, a largo plazo, se vieran los resultados de las metas propuestas, y que para ello habría de utilizarse la escuela.

Para López de Mesa, si la idea era llegar a promover un cambio en la mentalidad del pueblo, se tendría que generar una estrategia que permitiese cumplir el cometido. Pero:

¿Cómo corregir las instituciones que impiden el progreso? Por medio de la persuasión, advierte López de Mesa. [...] Para entrar de lleno a la civilización contemporánea, los países latinoamericanos en general y Colombia en particular deberán desarrollar sus riquezas, fusionar sus razas y asimilar la técnica occidental (Cataño, 2002).

Los elementos de esta triple estrategia estaban directamente relacionados e íntimamente unidos. La propuesta de López de Mesa se centraba en que se debían propiciar las condiciones para contar con una población instruida, favorable a la innovación y al cambio, y capacitada para explotar las riquezas de la Nación. Para ello se debía facilitar —como otra estrategia— la inmigración de extranjeros que ayudaran a lograr este objetivo.

Pero era esencialmente el asunto de la técnica la clave para el progreso de la nación. López de Mesa ponía especial cuidado en el aprovechamiento de la técnica moderna para el progreso, pues sería —según aquél— la base para el desarrollo de la industria, la explotación más eficiente del campo, adquirir nuevos sistemas de comunicación y difundir sistemas educativos —como los de Europa y Estados Unidos— que ayudaran a formar la población, con el fin de aportarle a la modernidad del país, y por consiguiente, al progreso de la patria. Abogó así López de Mesa por la implantación de una tecnocracia que utilizará la escuela como trampolín para cumplir sus objetivos y convirtiera al cuerpo en una pieza indispensable, mediante su fuerza de trabajo y sus capacidades motrices, para el progreso y la modernización del país.

Aquí el progreso es concebido de manera similar a como lo que Arturo Escobar llamó

desarrollo al analizar el asunto de la antropología de la modernidad a partir del discurso que Harry Truman, presidente de Estados Unidos, pronunció en su posesión el 20 de enero de 1949, refiriéndose precisamente a la pobreza y el "desarrollo" de las "áreas subdesarrolladas" del planeta:

Más de la mitad de la población del mundo vive en condiciones cercanas a la miseria. Su alimentación es inadecuada, es víctima de la enfermedad. Su pobreza constituye un obstáculo y una amenaza tanto para ellos como para las áreas más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la capacidad para aliviar el sufrimiento de estas gentes [...] Creo que deberíamos poner a disposición de los amantes de la paz los beneficios de nuestro acervo de conocimiento técnico para ayudarlos a lograr sus aspiraciones de una vida mejor [...] Lo que tenemos en mente es un programa de desarrollo basado en los conceptos del trato justo y democrático. Producir más es la clave para la paz y la prosperidad. Y la clave para producir más es una aplicación mayor y más vigorosa del conocimiento técnico y científico moderno (Truman, citado por Escobar, 1996: 19).

El asunto de la raza

Ya quedo planteado que, para esa época, el progreso también es un concepto biológico. Por ello, y para comprender mejor la mirada global de López de Mesa frente a la idea de progreso en términos biológicos y económicos, nos ocuparemos ahora del asunto de la raza, pues, de lo contrario, se podría interpretar la educación de la época como netamente centrada en la técnica, con los límites y alcances que pueda tener el cuerpo para ejercer ciertas funciones.

Para algunos intelectuales colombianos de la época, el debate sobre la raza tendrá repercusiones muy fuertes en cuanto a la concepción

educativa y formativa del pueblo colombiano en lo concerniente al *ideal de hombre* a formarse en las escuelas. Quienes más se destacan frente a este debate —por estar a favor o en contra— son: el sociólogo y psiquiatra Luis López de Mesa; el pediatra Calixto Torres Umaña; el pedagogo Simón Araújo; los médicos antioqueños Emilio Robledo y Alfonso Castro; el higienista Jorge Bejarano y el liberal Lucas Caballero, entre otros. Pero verdaderamente quien comenzó con el debate fue el médico boyacense Miguel Jiménez López.

Según Aline Helg (2001: 111-115), el tema de la raza fue uno de los puntos importantes por debatir a partir de 1918, cuando el médico Miguel Jiménez López presentó, en el Tercer Congreso Nacional de Médicos, su ponencia: *Nuestras razas decaen. El deber actual de la ciencia*. Su preocupación estaba centrada en la decadencia de la raza colombiana, tanto en lo físico como en lo psíquico, factor que se podía percibir a partir de comparar, entre otros aspectos, la estatura (pequeña con respecto a la mayoría de la de los europeos), la malnutrición, los comportamientos inmorales, la criminalidad, etc.

De esta manera, dice Helg que:

[...] apelando a las hipótesis emitidas por las escuelas de psiquiatría europeas, muy influyentes en toda América Latina, Miguel Jiménez López concluía que una raza débil había resultado de la mezcla entre los colonizadores españoles, aventureros inmorales, y los indígenas, ya degenerados antes de la colonización. Diversos signos testimoniaban esta decadencia: el aumento de la locura y de la criminalidad, la frecuencia de guerras civiles, el recurso al suicidio, el alcoholismo y la sífilis (111-112).

De ahí en adelante comienza un intenso camino, en el ámbito académico e intelectual del país, donde se organizaron escenarios para discutir la degeneración de la raza, especialmente en la ciudad de Bogotá.

Era preciso subsanar lo anterior por medio de campañas de higiene, enseñar al pueblo a nutrirse mejor y a cuidar su cuerpo, mediante la lucha contra el alcoholismo y las enfermedades tropicales. Una reforma educativa era necesaria (Helg, 2001: 113).

Lo importante es que varios de los personajes representativos de la época, entre ellos López de Mesa, estuvieron de acuerdo con la visión pesimista de Jiménez. Según Cataño, la noción de *raza* no es muy clara en López de Mesa; sin embargo, con ella aludía, indistintamente y sin mayor rigor analítico, a

[...] grupos que comparten el mismo origen étnico, a las formas de vida dominantes de una población —su cultura— y a las nociones vacilantes de pueblo y nación (2002).

López de Mesa propuso la formación no sólo técnica del pueblo para solucionar los problemas frente al progreso industrial, sino también que ayudara a la recuperación de la raza, en especial de la población infantil como fuente del futuro de la patria. Como estrategia propuso la inmigración de asesores extranjeros, en especial europeos.

Ambos autores —Jiménez y López de Mesa— consideraban entonces importante, para solucionar este problema, recurrir a personajes extranjeros. Aquí puede ser válida la fuerte hipótesis de trabajo de Aline Helg, quien al respecto plantea que la reducción de posibilidades de la élite colombiana de viajar al continente europeo por cuestiones políticas —como la Primera Guerra Mundial— los obligó a replegarse en Colombia, y de una u otra forma los puso en la tarea de concentrar sus esfuerzos en construir un país imaginado con ojos europeos, pues

[.] hombres de negocios e intelectuales tuvieron que renunciar a viajar a Europa. La elite colombiana encontró grandes

dificultades para seguir viviendo pendiente de Europa y se volvió sobre Colombia (2001: 111).

Es importante recordar que, en este período, Colombia era esencialmente rural. En ese entonces, las actuales grandes ciudades apenas comenzaban a poblarse por los campesinos que se desplazaban hacia ellas, buscando una mejor forma de vida económica mediante el trabajo en las empresas que apenas se fundaban —a pesar de ser una época en que hay una fuerte bonanza cafetera— (para ampliar esta visión económica del país véase Palacios y Safford, 2002: 493-547).

Así, tras el caos generado durante todo el siglo decimonónico por las diferentes guerras vividas en nuestro país, comenzamos el siglo XX con la conocida Guerra de los Mil Días, la cual dejó fuertes huellas en algunos espacios de nuestra patria. El país rural llamado Colombia fue pensado entonces por los intelectuales de la Generación del Centenario, quienes habían sido formados o tenían contacto permanente tanto con el norte del continente americano como con el viejo continente. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, aquellos no pueden continuar sus viajes al extranjero, y al tener que quedarse en Colombia, empiezan a sentir cierto desconsuelo ante la situación de atraso que vivía el país. De esta manera, este grupo de intelectuales elitistas tenía los pies en Colombia, pero su pensamiento estaba en Europa y Estados Unidos o, mejor dicho, querían ver o convertir cultural y socialmente a Colombia en un país más del viejo continente.

El progreso en Antioquia entre 1920 y 1940: el caso de Medellín

El ingreso de la modernidad a la región antioqueña trajo consigo la *industrialización*

como uno de los elementos importantes donde se puede materializar la idea de progreso con la de modernidad y con el proceso de modernización.

El fenómeno de la industrialización sedujo a muchos de los campesinos antioqueños a desplazarse a los alrededores de las industrias incipientes en busca de mejores oportunidades económicas y educativas.¹ La mayoría de las empresas se ubicaron en la periferia de Medellín, debido básicamente a dos condiciones importantes: 1) que los municipios vecinos exoneraban de impuestos a toda empresa que generara empleo; 2) el aprovechamiento de los recursos naturales. En este período surgieron empresas como Textiles Fabricato, Compañía Colombiana de Tejidos (Coltejer), Cervecería Unión (Cervunión), la Compañía Colombiana de Tabaco (Coltabaco), la Compañía de Gaseosas Posada y Tobón (Postobón), la Compañía de Chocolates, la Fábrica Nacional de Galletas y Confites (Noel), entre otras.

De 1916 a 1928 la mano de obra era en su gran mayoría mujeres solteras, pues la mujer casada debía dedicarse al cuidado de los hijos y al arreglo de la casa; entonces muchas empresas utilizaron mano de obra femenina e infantil, pues era de menor costo. El 62% de las obreras llegaban de Medellín, pero no eran clasificadas como obreras que trabajan por cuenta propia; eran, más bien, señoritas de almacenes, maestras de escuela, telefonistas, etc., y el 38% restante provenía de diferentes zonas del departamento.

En el flujo migratorio a Medellín predominaban mujeres solas; esto se debió a excedentes de mano de obra femenina en el campo, y la fuente de empleo no sólo eran las fábricas, sino también el servicio doméstico y el comercio esencialmente, pero se supo que muchas obreras seguían manteniendo su vínculo con el lugar de procedencia (Botero, 2003).

¹ Tal es el caso de los barrios Obrero y Manchester, aledaños a Fabricato en el Municipio de Bello.

Pero este proceso de modernización trajo consigo situaciones no premeditadas. El desplazamiento de muchos campesinos a la ciudad produjo no sólo el abandono del campo y, por ende, de la agricultura, sino también el aumento de la población urbana.

Con el crecimiento demográfico de la ciudad surgieron otros fenómenos, como los de *higiene*, tal como sucedió en Medellín:

[.] con la ciudad crecieron la miseria, el alcoholismo, la mendicidad, la delincuencia y la prostitución —que trajo consigo las enfermedades *venéreas*—. Abundaron los *inquilinos* y los cuartuchos sin servicios públicos; y los lotes, las quebradas y el río poco a poco se convirtieron en basureros y alcantarillas malolientes. La atención médica era restringida. Entre 1916 y 1940, de cada mil niños nacidos vivos, en el primer año de vida morían 169, de los cuales tres cuartas partes fallecían a causa de diarreas y enfermedades digestivas (Gómez y Londoño, 2001: 61).

Tal parece que no hubo una planeación en este sentido, a pesar de que existían prácticas de curación, es decir, prácticas para solucionar los problemas que surgían, y, a su vez, prácticas preventivas. Así sucedió en Medellín a principios del siglo XX, cuando la administración municipal adquirió una finca en las afueras de la ciudad, con la finalidad de aislar los cuerpos enfermos de tuberculosis. Esta finca cumplió con su objetivo durante casi todo el siglo XX, transformándose en centro hospitalario a partir de la década de ochenta, conociéndose hasta el día de hoy como el Hospital la María, en el barrio Castilla, al noroccidente de la ciudad.

La diferencia entre higiene pública e higiene privada que repercutirá en la mirada que se tenga sobre el cuerpo durante este período, mediante la alianza del Partido Conservador y la Iglesia católica, se basó en lo siguiente:

El Estado toma bajo su responsabilidad aquellos problemas catalogados desde tiempo atrás como higiene pública y algunos de los de la higiene privada, sin relación alguna con la recuperación de la salud en caso de enfermedad. En el primer campo se ubicaban las acciones relacionadas con la salubridad de los puertos, el manejo de aguas servidas, el manejo de algunos alimentos, el control de establecimientos públicos y el seguimiento de las medidas preventivas diseñadas para el control de algunas enfermedades epidémicas. En el segundo, se incluían las acciones en el campo de la instrucción pública, con el fin de inculcar en el pueblo los preceptos de urbanidad (Quevedo, Hernández y Miranda, 1993: 173-177).

Además, se debe resaltar que la idea de higienizar la sociedad venía considerándose desde mucho antes, no con tanta fuerza como a finales del siglo XIX y principios del XX, pero personajes como José Celestino Mutis ya estaba pensando el control del cuerpo desde el discurso médico mediante la higiene, que se veía manifiesta en la limpieza y el orden. Aquí todavía no hay una diferencia fuerte entre higiene pública e higiene privada, pues eran tomadas como una sola, ya que

[.] la prédica de un cuerpo limpio pasará la prédica de una *sociedad limpia*. La limpieza física tendrá como correlativo el establecimiento de una *limpieza moral*; por ello, lo que amenazaba la integridad física perturbaba, así mismo, la integridad moral (Mutis citado en Alzate, 1999: xv-xvi, el subrayado es mío).

Igualmente, a pesar de que se visualiza el ingreso de la modernidad a través de la *arquitectura*, no se piensa en los ciudadanos como tal, es decir, se construye una ciudad con muy pocos ciudadanos, ya que la mayoría de los habitantes provenían del campo con otros hábitos y costumbres, lo que generó un choque cultural.

La idea de pensar al país desde un modelo europeo se ve reflejada precisamente en la arquitectura de Medellín. Por ejemplo, en Francia, el barón Haussmann remodeló a mediados del siglo XIX la ciudad de París con un estilo que tuvo fuerte influencia en Europa y posteriormente en América Latina. Esta propuesta reunía tres puntos esenciales: el embellecimiento o la estética, el de la higiene y el interés por el comercio. En Antioquia, entonces, se consideró por parte de los médicos, salubristas e ingenieros, que era sano

[.] todo lo que fuera movimiento, aeración, penetración de luz, e insano todo aquello que detuviera el libre movimiento del aire, del agua, de la luz (Botero, 1996: 187-188).

Para ilustrar más esta idea, es pertinente describir un poco la modernización de la ciudad a partir de un factor que podría denominarse natural: los incendios. El Parque Berrío tuvo la mayoría de sus transformaciones a partir de este fenómeno, pues cada que ocurría un insuceso de este tipo se buscaba la forma de construir una edificación moderna, en lugar de reconstruir la que había antes, y se aprovechaba, además, para la ampliación de las calles.

Un incendio acaecido en Medellín en marzo de 1916, nos ha dejado enseñanzas que conviene hacer conocer para que sean aprovechadas. Los edificios destruidos estaban situados al norte del Parque de Berrío y tenían ocupada la parte baja por almacenes y las altas por bancos y hoteles. Los edificios fueron completamente destruidos. Sobre los escombros se levantaron magníficos edificios modernos que son adorno de la ciudad. Pues bien, antes del incendio las propiedades daban un medio por ciento (1/2 por 100) de interés mensual sobre su valor, ahora dan uno por ciento (1 por 100) sobre el valor antiguo añadido al de los gastos de reconstrucción (R. Olano, citado por Botero, 1996: 83).

A partir de este incendio se creó en Medellín el primer Cuerpo de Bomberos, sancionado por el Acuerdo 113 de agosto de 1917 (Botero, 1996: 83). De hecho, el primer número de la revista *Progreso* comienza una campaña por parte de la Sociedad de Mejoras Públicas con respecto al progreso de la ciudad, con mensajes breves que invitan a la reflexión por parte del lector; por ejemplo: "lo que mide el valor social de un hombre es su capacidad para ayudar a los demás y contribuir al progreso de la Patria"; "¿De qué manera contribuye Usted al progreso de la ciudad?" (*Progreso*, 1926). Vale la pena resaltar el significativo nombre que tuvo esta revista en los albores del siglo XX en esta ciudad, donde se deja entrever un cierto aire en el ambiente, o mejor, en el imaginario de los dirigentes, intelectuales y personas pudientes que habitaban esta región, en busca de un bienestar que se relaciona no sólo con las condiciones económicas, sino también con las condiciones ambientales, espaciales, higiénicas, corporales, educativas y morales de la región.

De esta forma, se deja entrever por qué se hablaba en este período de "la piqueta progresista", para hacer alusión a todas aquellas transformaciones espaciales, morales, tecnicistas, industriales, educativas, demográficas y culturales que se vinieron dando fuertemente después de la Guerra de los Mil Días hasta mediados del siglo XX.

La instrucción pública servirá, entonces, a estos propósitos progresistas. El Estado —conservador desde 1886 hasta 1930— y la Iglesia católica —el mayor aliado del Partido Conservador— a través de la instrucción pública —léase educación—, buscarán cumplir dicho cometido, con una educación técnica y moral, y de esta manera aportar al progreso de la región que, a su vez, es el progreso de la patria.

Conclusiones

La idea de progreso ha estado presente durante toda la historia de la humanidad. Los

diferentes matices y prácticas que sustenta esta idea, permiten desarrollar una historia de ese concepto como tal. Sólo a partir de finales del siglo XIX y principios del XX es donde se manifiesta una cierta inconformidad por ciertos intelectuales que no están de acuerdo con esta mirada, la cual traerá consigo ciertas transformaciones conceptuales que se traducirán en el concepto *desarrollo*.

Así, un espacio social como el colombiano se ve inmerso en un debate de semejante magnitud al reflexionar frente a "su" progreso, el cual obviamente no puede tomarse como independiente del resto del globo terráqueo. Más bien, habría que pensar en que la idea de modernización a través de la técnica trajo de nuevo una discusión alrededor de lo que se considera como *progreso*, *desarrollo* o *evolución* y su cara opuesta, a saber, *decadencia* o *degeneración*.

Finalmente, el problema de la educación y su *telos* o finalidad se convierte en uno de los puntos de reflexión importante para pensar un país con otras características, con un *modus vivendi* diferente, gracias a los cambios económicos, sociales y culturales planteados por algunos intelectuales colombianos, entre ellos, Luis López de Mesa, un personaje que ejerció su función social desde el punto de vista sociológico, biológico, psiquiátrico y político.

Referencias bibliográficas

Alzate, A., 1999, "Introducción", en: *Los oficios médicos del sabio. Contribución al estudio del pensamiento higienista de José Celestino Mutis*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.

Botero, F., 1996, "El espejismo de la modernidad", en: *Medellín 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.

_____, 2003, *La industrialización en Antioquia. Génesis y consolidación 1900-1930*, Medellín, Hombre Nuevo.

Cataño, G. "Modernidad sin revolución", [en línea], disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/credencial/9103.htm>, consulta: noviembre de 2002

Escobar, A., 1996, "Introducción: el desarrollo y la antropología de la modernidad", en: *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Bogotá, Norma.

Gómez, C. y Londoño, P, coords, 2001, "La otra cara del progreso", en: *Breve Historia de Antioquia*, Medellín, Fundación Ratón de Biblioteca, Editorial Universidad de Antioquia.

Helg, A., 2001, "Iniciación de un proceso de reformas escolares, 1924-1934", en: *La educación en Colombia: 1918-1957*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional.

Herman, A., 1998, "Degeneración. La ruina del liberalismo", en: *La idea de decadencia en la historia occidental*, Santiago de Chile, Andrés Bello.

Nisbet, Robert, 1998, *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa.

Botero, F., 1996, "El espejismo de la modernidad", en: *Medellín 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.

Palacios, M. y Safford, F., 2002, "La Colombia cafetera, 1903-1946", en: *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida*, Bogotá, Norma.

Progreso, 1926, Medellín, Sociedad de Mejoras Públicas.

Quevedo, E.; Hernández, M. y Miranda., N., 1993, "La medicina anatomoclínica, el higienismo y la salud en Colombia durante la hegemonía conservadora (1886-1930)", en: Vasco,

C.; Obregón, D. y Orozco, L., *Historia social de la ciencia en Colombia. Tomo VIII: Medicina (2). La institucionalización de la medicina en Colombia*, Bogotá, Colciencias.

Silva, R., 2002, "Libros y lecturas durante la República Liberal: Colombia, 1930-1946", *Revista Sociedad y Economía*, Cali, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, núm. 3.

Referencia

Álvarez Torres, Jair Hernando, "Educación, progreso y raza en Colombia entre 1920 y 1940: el caso de Medellín", *Revista Educación y Pedagogía*, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. XVIII, núm. 45, (mayo-agosto), 2006, pp. 143-155.

Original recibido: octubre 2005

Aceptado: diciembre 2005

Se autoriza la reproducción del artículo citando la fuente y los créditos de los autores.